

eman ta zabal zazu



Universidad del País Vasco Euskal Herriko Unibertsitatea



Gizarte eta Komunikazio Zientzien Fakultatea
Facultad de Ciencias Sociales y de la Comunicación

GRADO

CURSO 2014-2015

**DISCURSO DE LA PRENSA OCCIDENTAL EN
TORNO AL CONFLICTO DE CRIMEA**

AUTOR: JULEN YUGUERO

DIRECTOR: RICARDO MIRALLES

Fecha, 30 de junio de 2015

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN.....	3
1.1 Presentación del trabajo.....	3
2.2 Objetivos de la investigación.....	3
2.MARCO TEÓRICO	4
2.1 Breve cronología del conflicto.....	4
2.2. Consideraciones históricas.....	6
2.3. Realismo político y orden internacional.....	8
2.4 Política exterior rusa.....	10
2.5 Política exterior estadounidense	13
2.6 Hipótesis.....	14
3. Metodología	15
3.1 Muestra seleccionada	15
3.2 Método del análisis	16
3.2.1 Consideraciones del ACD.....	17
4. Desarrollo	21
4.1 Revolución	21
4.2 Intereses rusos	26
4.2.1 Freno de posteriores revoluciones	26
4.2.2 Reivindicación de lazos históricos	28
4.2.3 Protección de un enclave estratégico	29
4.2.4 Salvaguarda del interés en el “near abroad”	31
3- Las implicaciones de la pugna geopolítica.....	33
4.1 Diálogo vs. represalias	34
4.2 Real politik vs. diplomacia.....	38
4.3 Futuro geopolítico de Occidente.....	41
5. Conclusiones	43
6. Bibliografía citada	45

1. INTRODUCCIÓN

1.1 PRESENTACIÓN DEL TRABAJO

La crisis diplomática de Crimea supuso en 2014 el punto más crítico en las relaciones entre Rusia y el bloque occidental desde la desaparición de la antigua URSS. La anexión por parte de Rusia de un territorio que pertenecía nominalmente a un Estado vecino fue condenada por gran parte de las potencias occidentales, condena que también se reprodujo en la prensa generalista de la mayoría de los países.

Ninguna lectura del conflicto sería realmente lúcida si no aceptara que la relevancia de lo ocurrido en Crimea trasciende con mucho la importancia geoestratégica de la península. La crisis diplomática supuso un precedente en el orden internacional cuyo alcance real solo podremos comprender con el tiempo. Sin embargo, no hace falta esperar para intuir que las alianzas y la relación de colaboración entre los países implicados han mutado hasta un punto de no retorno.

Huelga decir que las complejidades políticas e ideológicas del conflicto y sus causas hacen que en el mundo académico haya posturas diametralmente opuestas en función de las sensibilidades de cada analista o historiador. De igual forma, los medios de comunicación de uno y otro bloque reprodujeron ideológicamente la dialéctica ellos/nosotros, por lo que se antoja difícil hacer un análisis pretendidamente neutral a partir de su lectura. Este trabajo no aspira a alinearse con una corriente de pensamiento u otra. Por el contrario, parece más interesante contrastarlas para arrojar luz sobre las contradicciones y lagunas de cada una de ellas. Escribió Diderot que el hombre que habla de poner las cosas en orden, sólo busca poner las cosas bajo su control. Y aquí ocurre algo muy parecido. Lo interesante es tratar de desmontar la retórica de los periodistas para saber en qué consiste el orden que defienden y qué implicaciones tiene.

2.2 OBJETIVOS DE LA INVESTIGACIÓN

- 1- Elaborar un marco teórico que permita contextualizar y facilitar la comprensión del conflicto.

- 2- Realizar un análisis crítico del discurso empleado en los textos editoriales de la prensa generalista occidental.
- 3- Identificar los elementos comunes y los puntos de discrepancia en la retórica de la prensa occidental.
- 4- Realizar un análisis del conflicto, sus causas, y su significación.
- 5- Extrapolar las conclusiones para apuntar sus posibles implicaciones (económicas, geopolíticas, culturales, identitarias...)

2.MARCO TEÓRICO

2.1 BREVE CRONOLOGÍA DEL CONFLICTO

El conflicto de Crimea está enmarcado dentro de la crisis ucraniana. Ésta empezó a gestarse en forma de levantamiento popular a lo largo de los últimos meses de 2013. El gobierno de Viktor Yanukóvich, presidente electo democráticamente, se había visto salpicado por constantes episodios de corrupción y no supo capear la crisis económica mundial, que se cebó especialmente con los ucranianos: la depreciación de la grivna, la desorbitada deuda contraída y la inflación de precios provocó que la reserva de divisas de Kiev cayera hasta mínimos históricos, dejando al país al borde de la bancarrota.

La necesidad de ayuda financiera llevó a Yanukóvich a negociar a dos bandas con Rusia y la Unión Europea, pero el presidente acabó por rechazar un acuerdo de asociación con ésta última en noviembre de 2013, cuando la negociación estaba en una fase muy avanzada. Esta decisión contrariaba los anhelos de una buena parte de la oposición y dio inicio a los levantamientos populares. Hay sectores que han explicado la negativa de Yanukovich por la presión ejercida desde el Kremlin, pero otros analistas consideran que ese acuerdo, además de una cantidad inasumible de exigencias neoliberales, contemplaba el traslado completo de las actividades industriales ucranianas al sistema de estándares técnicos de la UE y el país no contaba con recursos para acometer una reorganización de semejante envergadura. Además, esos cambios implicaban el cierre o la quiebra de una gran parte de las fábricas, por lo que los propios líderes empresariales, conscientes de la amenaza que se cernía, le exigieron al presidente Yanukóvich que no firmara ese acuerdo (Kagarlitski, 2014).

Fuera o no beneficioso para Ucrania el acuerdo con la UE, la oposición usó la retractación de Yanukovich en el último momento como pretexto para organizar protestas masivas. Los ucranianos insurrectos en Kiev y en otras ciudades se declaraban europeístas, enormemente disgustados por la suspensión de la tramitación del acuerdo de asociación con la Unión Europea y deseosos de integrarse en la Alianza Atlántica (Remiro, 2014). Los analistas de sensibilidad rusófila lamentan que “el levantamiento ucraniano, que fue respaldado en los primeros momentos por una parte importante de las capas medias de las capitales, terminó rápidamente bajo el control de la oposición radical de derecha, que se apoyaba en pandillas callejeras de diversas organizaciones fascistas y semifascistas” (Kagarlitski, 2014).

En febrero y marzo de 2014 los hechos se sucedieron a ritmo frenético. El 20 de febrero murieron más de 60 manifestantes en una jornada de disturbios. La violencia con la que se emplearon las fuerzas armadas provocó que la indignación se extendiera y las manifestaciones ganaran en número de asistentes. El 21 pareció alcanzarse un acuerdo de pacificación, pero el 22 los del Maidán ocuparon las instituciones del Estado en Kiev, lo que obligó a Yanukóvich a huir y exiliarse. Oleksandr Turchínov asumió la presidencia del Parlamento y formó un gobierno de coalición de tres partidos (Batkivshina, Udar y Svoboda- partido afín al nazismo-), que se presentó como la unión de los radicales neoliberales con los nacionalistas y los fascistas.

La formación de un gobierno interino de inclinación pro-europea y con elementos radicales en sus filas reavivó la brecha identitaria y racial que ha partido en dos a Ucrania históricamente. Como explica Javier Granados, “en Ucrania conviven dos civilizaciones, la occidental y la eslavo-ortodoxa. Esta división civilizacional ha marcado desde 1992, y de manera decisiva, la forma de afrontar el futuro político del país, sobre todo en materia de política exterior, a pesar de que las regiones de Ucrania que pertenecen a la civilización occidental (Zhytomyr, Vinnitsia, Jemelnitsky, Rivne y Volynia) son clara minoría en el conjunto del país” (Granados, 2007).

Una de las primeras leyes que aprobó el gobierno interino no hizo sino aumentar esa brecha. El mismo 22 de febrero se suprimió la ley sobre lenguas de las minorías aprobada en 2012, lo que negaba al ruso la condición de lengua oficial y significaba, de facto, un desafío a la mayoría de rusos étnicos que habita la región oriental del país. Y los habitantes del

sudeste, como era de esperar, se alzaron. Las protestas en el sudeste estallaron literalmente en todas las ciudades, incluyendo centros regionales. el nuevo gobierno lanzó a sofocar las protestas no solo a la policía, sino también a destacamentos armados, lo que en seguida provocó víctimas humanas.

A partir de este momento, los acontecimientos se sucedieron precipitadamente. Las fuerzas armadas rusas, que tenían bases en Crimea y Sebastopol por disposición de un acuerdo convenido con Kiev, se desplegaron para mantener el orden, lo que de facto provocó que los rusófilos tomaran las instituciones públicas. El 11 de marzo el Parlamento de la provincia y el ayuntamiento de la ciudad de Sebastopol declararan su independencia, una acción que vulneraba la Constitución Ucraniana. Tan sólo cinco días después, el 16 de marzo, los ciudadanos crimeanos ratificaban la decisión en un referéndum tildado de inconstitucional por los líderes occidentales, y que no fue reconocido por las potencias occidentales. Con todo, el resultado fue contundente. Con un 83% de participación sobre el censo total, un 96,77% votó a favor de la anexión de Crimea con Rusia y sólo un 2,51% pidió un retorno al status quo de la Constitución de 1992. Apoyándose en los datos, la ya República de Crimea y la ciudad de Sebastopol- que reclamó el estatuto de ciudad federal- solicitaron su ingreso en Rusia, anexión que quedó materializada en un tratado que se rubricó el 18 de marzo. El documento fue aprobado por las dos cámaras legislativas de Moscú, la Duma y el Consejo de la Federación, el 20 y 21 de marzo respectivamente. La política de hechos consumados del Kremlin se consolidaría el 11 de abril, cuando el Parlamento de Crimea puso punto y final a la crisis al aprobar una nueva Constitución en la que renunciaba a su soberanía.

2.2. CONSIDERACIONES HISTÓRICAS

Las singularidades históricas hacen de la península de Crimea un enclave harto especial. La periodista Pilar Requena dio cuenta de este carácter distintivo cuando escribió que "su destino siempre ha sido estar en la encrucijada del destino de los diferentes pueblos que, con distintos puntos de vista y religiones, se asentaron aquí. Para mucha gente no era su país nativo pero ahora lo es". (Requena, 2014)

Dominada desde el siglo XV por los turcos, fue la victoria de Catalina II en la primera Guerra ruso-turca (1768-1774) el acontecimiento que marcaría a

fuego los fuertes lazos que unen a Crimea con su vecina Rusia. El tratado de paz firmado en 1774 por rusos y turcos ponía fin a más de un lustro de guerra y declaraba la independencia del territorio crimeano respecto al Imperio Otomano. Pero Catalina la Grande no respetó el tratado y se anexionó la península, lo que desencadenaría una nueva guerra con los otomanos. Sin embargo, a pesar del estallido de este nuevo conflicto, Rusia seguiría conservando la titularidad de la península hasta bien entrado el siglo XX.

Cuando en 1922, tras la victoria de los comunistas, se abordó la división administrativa de la recién constituida Unión Soviética, a Crimea se le concedió el título de república autónoma. La mayoría de la población era entonces de etnia tártara, un grupo descendiente de los turcos y que cuenta con su propia lengua. Pero Alemania invadió el territorio durante el transcurso de la Guerra Mundial y, aunque fue recuperado por los rusos, su condición no volvería a ser la misma. Los tártaros fueron acusados de colaboracionismo con los nazis y deportados por Stalin, y Crimea pasó de ser una república autónoma a ostentar un rango administrativo menor: a partir de 1946 pasaría a formar parte de la República de Rusia con el título de óblast (provincia administrativa).

Fue en 1954, cuando un decreto firmado por el entonces presidente del Soviet Supremo, Nikita Jruschov, transfirió el territorio a la vecina República de Ucrania. El acto pretendía celebrar el 300 aniversario del Tratado de Pereyáslav, por el que los cosacos ucranianos, después de formar un estado independiente de Polonia, obtenían la protección del zar Alejandro I, pacto que propició el germen del Estado moderno de Ucrania. La decisión de Jruschov se apoyaba en criterios étnicos y geográficos y recibió nula atención mediática en el momento en el que se produjo porque, de facto, solo implicaba la transferencia simbólica de una república soviética a otra. Sin embargo, su conveniencia sigue siendo cuestionada aún hoy y originó más de un quebradero de cabeza cuando, tras la disolución de la URSS en 1991, los estados satélites a Rusia empezaron a declarar su independencia. Resulta interesante traer a colación una reflexión de Antonio Remiro:

Cabe sugerir que la extrema debilidad de Rusia en esos años propició una política de resignación de títulos históricos por encima de un *uti possidetis*¹ de origen reciente y dudosa

¹ Principio del derecho internacional por el cual un Estado reclama los territorios anexionados en el curso de una guerra, reclamación válida hasta la firma de un tratado.

legitimidad, naciendo como nacía de la decisión inconsulta de Nikita Kruschef, ucraniano, secretario del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), en un régimen no democrático que podía modificar a placer las fronteras político-administrativas. (Remiro, 2014)

Precisamente por la dudosa legitimidad de la transferencia del territorio a Ucrania, resultó tan difícil incorporar la península al nuevo Estado independiente de Ucrania. Prosigue Remiro:

No puede decirse que la articulación de Crimea (y de la ciudad de Sebastopol) en Ucrania tras la desintegración de la Unión Soviética en 1991 fuera pacífica. La última década del siglo XX se vivió entre permanentes tensiones y desencuentros. Mientras las instituciones del Estado se esforzaban por afirmar su supremacía y declaraban Crimea parte inseparable de Ucrania, las de Crimea (y Sebastopol) no se contentaban con una autonomía con competencias derivadas de la Constitución y leyes ucranianas. Así que todo fue discutido, impugnado, revisado; hasta la misma denominación, pues los representantes de la península querían ser la República de Crimea y no la República Autónoma de Crimea.

Mención aparte merece la ciudad de Sebastopol, que durante la era soviética había disfrutado de un régimen administrativo especial (como ciudad federal, a la manera de Moscú o San Petersburgo) y donde se emplazaba la flota del Mar Negro; un enclave, por tanto, irrenunciable para el Kremlin. Por eso fueron tan constantes las reclamaciones rusas hasta que en 1997 se firmó un tratado de amistad entre las potencias, por el cual Ucrania alquilaba a Rusia la infraestructura portuaria y el aeropuerto de la ciudad por 20 años, a cambio de un alquiler anual de 100 millones de dólares. El pacto se prorrogó más adelante por 25 años más.

2.3. REALISMO POLÍTICO Y ORDEN INTERNACIONAL

Una de las ideas en las que se incidirá más adelante es el notorio alineamiento de buena parte de la prensa occidental con los postulados del realismo político. Parece necesario introducir algunos aspectos que nos sirvan para contextualizar esta aseveración.

Partiremos, en primer lugar, refiriéndonos a la clasificación que hace Martin Wight de las ideas sobre geopolítica. Según el estudioso inglés, existirían tres tradiciones entre los estudiosos de las relaciones internacionales: los realistas (que conciben el orden internacional como una anarquía en la que los Estados persiguen sus intereses mediante el uso de la fuerza y la amenaza), los racionalistas -que creen en el diálogo y la cooperación como fórmula para regir las relaciones internacionales- y los revolucionarios, cuya máxima preocupación es la constitución de una sociedad internacional basada en la moral. (Wight, 1993)

Parece evidente que las tesis de racionalistas y revolucionarios no se sustentan si no son aceptadas por toda la comunidad internacional. Algo así ocurre en el caso de Crimea. Cuando una potencia apuesta de forma inequívoca por la política de hechos consumados basada en la fuerza, como lo hizo el Kremlin, el diálogo y la diplomacia pierden enteros. La acción de Putin puede enmarcarse dentro del ideario del realismo internacional. Veamos por qué:

En opinión de Vicente Palacio de Oteyza, "todas las variantes del realismo político muestran un mundo estatocéntrico y dividido en esferas de poder, perpetuado por un dilema de seguridad que inhibe una cooperación duradera entre los estados, y donde las capacidades militares son la clave de la política internacional". El propio autor cita siete elementos troncales que definen el realismo político en su acepción contemporánea:

- La concepción de la política esencialmente como poder (*power politics*). La omnipresencia del poder, sin embargo, no implica una defensa del autoritarismo frente a fórmulas democráticas de gobierno.
 - Los estados, considerados como figuras racionales, son los actores principales en las relaciones internacionales.
 - Las relaciones entre los estados son esencialmente competitivas, en el plano económico-tecnológico y militar.
 - El papel central del poder militar (*military capabilities*) por encima de los demás ingredientes del poder.
 - La dinámica recurrente del equilibrio de poder, con independencia de las motivaciones de la política exterior de los estados.
 - La primacía de la política en las relaciones internacionales y por tanto la subordinación de la actividad económica internacional a aquella.
 - La separación de la política y la ética en los asuntos internacionales.
- (Palacio de Oteyza, 2000)

Hemos citado ya la importancia del concepto *Zona de Influencia* para esta escuela de pensamiento. Como desarrollaremos más adelante, en el pulso por Crimea (extensible al este de Ucrania) se está disputando, de facto, la influencia de los bloques occidental y oriental en el territorio. Pero es importante tener en cuenta, como explica Pablo Lacoste, que este modo de hacer beneficia a las potencias en detrimento de los países pequeños:

El acuerdo en torno a Zonas de Influencia permite acotar la conflictividad entre países fuertes y competitivos, lo cual es positivo de cara a las relaciones bilaterales. (...) Igual que los oligopolios empresariales, la definición de Zonas de Influencia puede alterar las relaciones entre los estados, pues acentúa las asimetrías e incrementa el poder del fuerte sobre el débil. (...) La aplicación del sistema de Zona de Influencia permite a las Grandes Potencias lograr grandes beneficios cuando entre ellas deciden la suerte de terceros. Estos no son consultados ni tenidos en cuenta. Sólo se atiende a los intereses de las Grandes Potencias (Lacoste, 2000)

Una vez introducidas, siquiera de forma somera, estas ideas abstractas relativas a la geopolítica, se antoja recomendable intentar trazar una relación entre ellas y el tema que nos ocupa. La pregunta más obvia en este sentido es: ¿en torno a qué ideas se construye la política exterior de las potencias que toman parte en el conflicto? Huelga decir que las limitaciones de extensión del trabajo nos impiden estudiar en detalle las políticas del bloque occidental y Rusia, por lo que la explicación habrá de ser reduccionista y a todas luces incompleta, pero igualmente interesante para aclarar algunos conceptos.

2.4 POLÍTICA EXTERIOR RUSA

Escribe Makarychev que el marcado énfasis de la política exterior rusa en aspectos como “el interés nacional, la seguridad dura o militar, la apuesta por las esferas de influencia o el papel del Estado como actor central” genera una gran tentación por incardinarla entre las tradiciones de la *realpolitik*. En opinión de este autor, sin embargo, la política exterior de la Rusia postsoviética busca superar y sustituir la idea de anarquía internacional por un tipo de relaciones más institucionalizadas e inclusivas. (Makarychev, 2011)

Es evidente que la política exterior rusa ha evolucionado desde el marcado realismo político que la definía en la era soviética. En opinión de Silvia

Marcu, los cambios acontecidos tanto a nivel mundial como regional en la década de los 90, y más concretamente las ampliaciones de las estructuras internacionales (UE, OTAN...) obligaron a la Unión Soviética a repensar su actitud en materia internacional. Rusia comprendió de pronto que contaba con dos instrumentos estratégicos quizá más importantes que el armamentístico: tenía gas y petróleo. La estrategia de sacar rentabilidad a esta riqueza llevó a Rusia a hacer de la empresa estatal Gazprom la mayor compañía mundial del sector, lo que la convertiría en el eje de la influencia exterior rusa (Marcu, 2007). Esta idea es especialmente relevante porque explica la renuencia de las potencias europeas (especialmente Alemania) a represaliar al gobierno ruso tras lo acontecido en Ucrania por la fuerte dependencia energética que experimenta para con ellos.

Pero, aunque Rusia ha virado en las últimas décadas su estrategia internacional, no ha renunciado a la influencia que históricamente ha ejercido en los que hoy son sus países próximos. Esto, en opinión de Marcu, la ha llevado a protagonizar una dura competencia con el bloque occidental:

En los últimos años, el gigante ruso centró su atención, sobre todo, en la "vecindad próxima" (las antiguas repúblicas soviéticas), donde se encuentra en una dura competencia con la superpotencia americana, que, a través de la Alianza Atlántica OTAN está presente en Europa, y mediante sus bases militares, también en Asia Central. (...) Al haber abandonado la órbita occidental, Rusia está creando su sistema solar. Por primera vez desde la desarticulación de la URSS, Moscú considera una prioridad a su vecindad apropiada. (Marcu, 2007)

No hace falta explicar que Ucrania, por su dimensión geográfica y condición de bisagra entre Rusia y Europa Occidental (por su territorio pasan los oleoductos que conducen las reservas de gas hasta Alemania), es una de las joyas de la corona de este *near abroad*. Más adelante veremos cómo los medios occidentales acusan sistemáticamente a Rusia de querer salvaguardar su influencia de forma ilícita, pero es importante señalar – pues es algo que las cabeceras obvian– que la acusación es mutua. Para muestra esta sentencia del investigador Vladymir Davydov:

Los teóricos y prácticos de la estrategia externa de Estados Unidos llevan muchos años convencidos de que, con Ucrania, Rusia tiene posibilidades de mantener su papel de actor mundial. Sin Ucrania (y, más aún, con una Ucrania opuesta a Moscú), Rusia pierde tal posibilidad y queda reducida al rol de potencia regional secundaria, incapaz de

presentar algún contrapeso serio a la hegemonía de EEUU. Fue el famoso Zbigniew Brzezinski quien planteó abiertamente esta tesis, que posteriormente cobró cuerpo en la práctica oculta de la diplomacia de Washington. A inicios de 2014, la secretaria de Estado adjunta Victoria Nuland reconoció públicamente que Washington había gastado ya 5.000 millones de dólares en financiar los programas de difusión de valores y capacitación política en Ucrania. (Davydov, 2014)

Curiosamente, el estallido del conflicto de Crimea se produjo en un momento en el que Ucrania había logrado consolidar cierta independencia soberanista respecto a los países que se disputaban su influencia. Sostiene Javier Granados que este equilibrio se había logrado manteniendo buenas relaciones con Rusia, aunque sin entrar en acuerdos de tipo asociativo o federativo entre ambos Estados, sin descuidar una relación fluida con Estados Unidos y la Unión Europea. Este equilibrio habría hecho perder fuerza al nacionalismo extremista tradicional de las regiones occidentales de Ucrania y también a los grupos que solicitaban la anexión con Rusia (Granados, 2007). Ante este análisis, cabe hacerse la pregunta de si fue la crisis económica la culpable de alimentar viejas heridas que empezaban a cicatrizar, presentes de nuevo en las aciagas jornadas de violencia que se produjeron durante las protestas de febrero de 2014.

Como último apunte, debemos señalar que estas protestas tuvieron un antecedente casi análogo en el seno de Rusia a finales de 2011. El desencanto ante la democracia dirigida de Putin y los efectos de la crisis económica provocaron una huelga electoral en los comicios de 2011. El Gobierno ruso maquilló los datos para ocultar el descontento generalizado, lo que caldeó aún más el ambiente e hizo que la clase media de las ciudades saliera a las calles. Moscú combatió las protestas con una campaña que contraponía a la «clase media parasitaria» de Moscú y San Petersburgo y el pueblo trabajador de los centros industriales, presentando al gobierno y al presidente como defensores de la paz social. La retórica fue acompañada por una serie de medidas económicas «keynesianas» para estimular la demanda y devolver la paz social (Kagarlitski, 2014). Putin repuso el orden en el país, pero las protestas fueron un ejemplo claro de que la popularidad del Gobierno no pasaba por su mejor momento. Por eso, un nuevo estallido revolucionario en el país vecino de Ucrania dos años después era un fenómeno demasiado peligroso para el propio régimen ruso. Un motivo añadido para explicar las maniobras que efectuaría el Kremlin.

2.5 POLÍTICA EXTERIOR ESTADOUNIDENSE

La llegada de Obama a la Casa Blanca en 2009 prometía revolucionar la política exterior de EEUU planteada por su antecesor. En oposición a la imagen de hegemonía que no respetaba la soberanía interna de muchos pueblos (especialmente en regiones de Oriente Próximo), el flamante presidente trabajó por potenciar valores opuestos: en su carrera electoral prometió que su Gobierno haría de Estados Unidos una potencia amable y dialogante con otras naciones.

En esa estrategia, el replanteamiento de las relaciones con Rusia y China era uno de los retos más urgentes. En la práctica, se puso fin también a las misiones “democratizadoras” que habían llevado a George W. Bush a desplegar tropas estadounidenses en distintos puntos calientes del globo:

Si uno lee algunos de los discursos electorales utilizados, la búsqueda de una cierta conciliación con los adversarios de Estados Unidos, la mayor relevancia concedida a la región de Asia|Pacífico, el rechazo a la imposición de la democracia liberal por la fuerza y el fortalecimiento del proceso de paz en Oriente Próximo fueron algunos de los ejes principales de su discurso en política internacional (Tovar Ruiz, 2013)

Evidentemente, esa nueva estrategia tendía una incidencia clara en el equilibrio de poder del orden internacional. Hay autores que hablan incluso de un incipiente mundo post americano.

El diseño Obama para la política exterior americana incluía una voluntad implícita de retraimiento, un no confesado convencimiento –tan próximo a la izquierda intelectual americana– de que los Estados Unidos se encontraban ya en declive –el mundo *post americano* de que tantos hablan ya desde hace algún tiempo, aunque no acabe de cristalizar– y una manifiesta decisión de obtener las consecuencias: menos aventuras exteriores, menos participación en conflictos ajenos, reducida capacidad para seguir jugando el papel de garante universal de la paz y de la estabilidad. (Rupérez, 2013)

Sin embargo, pronto empezaron a producirse desencuentros en el seno del gabinete de Obama. Para explicar las desavenencias, debemos tener en cuenta las diferencias de planteamientos que sobrevolaban las reuniones. Rupérez explica que poco a poco, Obama fue alineándose con “los partidarios de una visión realista de las relaciones internacionales donde los elementos ideológicos quedasen en segundo plano”, lo que, de facto,

provocó que el presidente actuara en dirección opuesta a lo que había defendido en la carrera electoral y los primeros meses de gobierno. La prueba más clara es también la más paradójica. En el discurso de aceptación del Premio Nobel, Obama lanzó unas declaraciones que confirmaban el cambio de estrategia:

«No nos equivoquemos. El mal existe en el mundo. Un movimiento no violento no podía haber detenido a los ejércitos de Hitler. Las negociaciones no pueden convencer a Al Qaeda de que abandone las armas. Decir que la fuerza puede a veces ser necesaria no es una llamada al cinismo. Es un reconocimiento de la historia, de las imperfecciones del hombre y de los límites de la razón».

Estas palabras resumen a la perfección el giro de la Administración Obama en materia exterior. En su discurso conserva aún elementos del idealismo inicial, al que incorpora elementos innegablemente realistas, defendiendo incluso, como hiciera su predecesor, que Estados Unidos debe asumir un rol estabilizador allende sus fronteras. Rupérez sostiene incluso que su política “ha acabado por parecerse bastante a la predicada y practicada por George W. Bush, que es tanto como decir a la predicada y practicada por el *establishment* internacional americano en prosecución de los percibidos como intereses nacionales desde tiempos casi inmemoriales” (Rupérez, 2013). La desastrosa Guerra Civil en Siria, en la que Bashar al-Asad obvió la amenaza del presidente estadounidense y empleó armas químicas contra su propio pueblo, y la anexión rusa de Crimea fueron dos retos casi consecutivos para el Departamento de Defensa de EEUU, retos que se presentaron en un momento crítico para la Administración Obama.

2.6 HIPÓTESIS

- La prensa generalista occidental utiliza una retórica deudora de la Guerra Fría basada en la descripción de dos bloques antagónicos. De esta forma, las cabeceras se alinean ideológicamente con el bloque occidental.
- Los diarios analizados reprobaban la anexión rusa de la península de Crimea y se acogen al derecho internacional para condenarla.
- Las cabeceras elogian y se identifican con el Euromaidan por la afiliación pro-europea de los agentes que la impulsaron.

- Los editoriales materializan la falta de confianza en la solución del conflicto por una vía diplomática. Apuestan, por el contrario, por la amenaza y las represalias, y definen la relación política entre Rusia y Occidente en términos de competitividad, lo que enmarca su discurso dentro de los postulados del realismo político.
- Los medios recelan de la tendencia al retraimiento de la política exterior de la Administración Obama y reclaman que EEUU recupere su protagonismo en el plano internacional para garantizar la estabilidad del orden mundial.

3.METODOLOGÍA

3.1 MUESTRA SELECCIONADA

Para abordar un análisis concienzudo y pluridimensional se ha optado por usar, a modo de apoyatura metodológica, los textos editoriales que, con el rol de portavoces de la línea editorial de la institución, se han publicado en varios periódicos de relevancia en cuatro países representativos de Europa y Estados Unidos en torno al conflicto de Crimea. Esta decisión se basa en la búsqueda de un punto de vista u enfoque ideológico en cierta medida unitario u homogéneo y representativo del pensamiento occidental en materia geoestratégica.

Por motivos idiomáticos y de relevancia de los países (ya sea por su influencia en el panorama internacional, el rol desempeñado en el propio conflicto o por el contexto en el que este trabajo ha sido concebido) los países cuyos periódicos forman parte de la muestra escogida son España, Reino Unido, Francia y EE.UU. Para no dejar de lado, si los hubiera, los sesgos ideológicos, se ha seleccionado una cabecera de línea editorial circunscrible al conservadurismo y otra al progresismo dentro de los diarios de referencia de cada país. A tenor de todas estas consideraciones, la muestra resultante se compone de artículos de los siguientes periódicos: El País, El Mundo, Washington Post , New York Times, The Times, The Guardian, Le Monde y Liberation.

La muestra está conformada por textos publicados entre los días 22 de febrero de 2014, fecha del derrocamiento de Viktor Yanukovich que marcaría el inicio de las hostilidades entre Ucrania y Rusia; y el 11 de abril

del mismo año, día en el que el punto más candente del conflicto se selló con la promulgación de la Nueva Constitución de la República de Crimea. Incluyendo todos los artículos editoriales cuyo tema gira en torno al conflicto, se ha recogido un total de 92 textos repartidos de esta forma:

<u>España</u>	<u>EEUU</u>	<u>Gran Bretaña</u>	<u>Francia</u>
El País 10	Washington Post 15	The Times 10	Le Monde 12
El Mundo 10	New York Times 11	The Guardian 13	Liberation 11

3.2 MÉTODO DEL ANÁLISIS

La naturaleza transversal y ecléctica del trabajo convierte en poco recomendable la aplicación de una metodología cerrada. Recordemos que el objetivo del trabajo es arrojar un análisis del conflicto de Crimea basado en una lectura crítica de los artículos editoriales publicados en la prensa occidental. Para cumplir este objetivo parece evidente la necesidad de conjugar aspectos de muy diversos campos del saber: históricos, sociales, psicológicos, culturales, lingüísticos, comunicativos...

Por otra parte, en el contexto de un TFG, se antoja necesario que el alumno incorpore al trabajo una voz crítica, que no se limite a aplicar propuestas de otros sin que su mirada personal perfume todo el texto, desde la propia introducción a las conclusiones. Al estudiante se le presupone haber desarrollado a lo largo de la etapa universitaria altura de miras y un criterio propio, por lo que el mismo TFG debería convertirse en un ejercicio crítico que lo pruebe.

Habida cuenta de estas consideraciones y tras estudiar distintas metodologías utilizadas con frecuencia para el análisis del discurso, se ha optado por basar el análisis en los postulados del Análisis Crítico del Discurso (ACD). La explicación de esta decisión se debe al carácter abierto de sus propuestas, la transversalidad de sus planteamientos, la relación que establecen entre discurso, ideología y dominación – y su relevancia a efectos sociológicos-, la combinación de registros explicativos e interpretativos en su desarrollo y la defensa de que el análisis debe incorporar una postura crítica. A continuación, explicaremos de forma concisa los aspectos que definen esta escuela.

3.2.1 CONSIDERACIONES DEL ACD

A. DISCURSO, IDEOLOGÍA Y DOMINACIÓN

En primer lugar, el ACD se apoya en las ideas de la Teoría Política Crítica, una corriente de pensamiento a la que se adscriben la mayoría de autores de la órbita marxista y que consideran que la ideología es un sistema de ideas que legitima la dominación, entendiendo esta última como una relación de poder asimétrica (Sánchez García, 2009). Una definición ampliamente extendida del concepto ideología la formuló uno de los principales teóricos del ACD, Teun A. Van Dijk:

«Las ideologías son marcos básicos de cognición social, son compartidas por miembros de grupos sociales, están constituidas por selecciones de valores socioculturales relevantes, y se organizan mediante esquemas ideológicos que representan la autodefinición de un grupo. Además de su función social de sostener los intereses de los grupos, las ideologías tienen la función cognitiva de organizar las representaciones (actitudes, conocimientos) sociales del grupo, y así monitorizar indirectamente las prácticas sociales grupales, y por lo tanto también el texto y el habla de sus miembros». (van Dijk T. A., 2008)

Podemos concluir, por tanto, que la ideología debe entenderse como el conjunto de marcos de cognición social que influyen en la conducta social individual. Pero no podemos olvidar que la ideología se expresa, se materializa y se retroalimenta a través del lenguaje (Sánchez García, 2009). Por eso se antoja tan necesario el análisis del discurso para lograr identificar las estrategias que los grupos dominantes utilizan para conseguir sus objetivos y afianzar su hegemonía. Pero no debemos olvidar que el discurso no se compone únicamente de elementos gramaticales o lingüísticos. Una buena definición de discurso podría ser ésta:

“Acción y resultado de utilizar las distintas unidades que facilita la gramática de una lengua en un acto concreto de comunicación, por ello, todo discursos se compone de una parte puramente gramatical y de otra pragmática, esto es, obtenida gracias al contexto” (Portolés, 2001)

Es por esto que el ACD considera que ningún análisis es completo si no toma en consideración el contexto en el que se articula. En nuestro caso y, como desarrollaremos más adelante, los textos editoriales tienen una naturaleza singular por la que son articulados como representación no de una voz personal (como ocurre con otros textos opinativos), sino del propio medio en calidad de institución social. Es evidente que esta cualidad

extradiscursiva debe tenerse en cuenta para comprender que todo texto tiene una importante cualidad histórica basada en su contexto:

«El discurso depende de realidades extradiscursivas (...) consiste tanto en textos como en prácticas, y su función es configurar identidades y posiciones sociales y producir conocimientos y creencias (...) Existe, pues, una vinculación intrínseca entre discurso y poder, que se da tanto en el plano de las cosmovisiones como en el de las narrativas de identidad» (Villarroya Ariño, 1997)

B. ACTITUD DEL ANALISTA

Ya hemos explicado, grosso modo, las directrices teóricas que guían los postulados del ACD. Pero, ¿cómo plantean sus defensores el análisis del discurso? Está muy extendida la definición por la cual el ACD se basa en una perspectiva, crítica, sobre la realización del saber; o, por así decirlo, un análisis del discurso efectuado «con una actitud» (van Dijk T. , 2003). Pero, ¿en qué consiste esa actitud?

Lo que verdaderamente interesa a los analistas críticos es comprobar en qué medida la dominación social se (re)produce a través del discurso. Por esta razón, aunque la teoría lingüística se encuentra en la base de sus postulados, no concentran sus esfuerzos en el desarrollo de un paradigma epistemológico concreto, sino más bien en el tratamiento y análisis de los problemas sociales en su vertiente discursiva. (Sánchez García, 2009)

Esa carencia de un paradigma epistemológico concreto ha provocado que corrientes analíticas más formales hayan denunciado que la dimensión política del ACD la convierte en “acientífica”. Sin embargo, los defensores de la investigación crítica defienden que su opción obedece a la intención expresa de no ocuparse “exclusivamente de teorías y paradigmas, de modas pasajeras dentro de la disciplina, sino más bien de problemas sociales y de asuntos políticos”. (van Dijk T. A., 1999)

Y, habida cuenta de la complejidad de los problemas sociales y políticos, ningún analista puede afrontar el estudio de una forma de discurso sin adoptar una mirada multidisciplinar. No olvidemos que los discursos y la comunicación entre gentes poseen dimensiones emocionales, sociales, políticas, culturales e históricas (van Dijk T. A., 1999), por lo que todo estudio académico de estos fenómenos debe tratar de respetar esta cualidad multidisciplinar e incorporarla al estudio para que los resultados

sean válidos.

Como último apunte, debemos señalar que, a diferencia de otros enfoques teóricos del análisis del discurso en los que apenas se encuentran elementos explicativos el ACD, por su naturaleza didáctica y su multidisciplinariedad, combina a menudo registros a través de una aproximación funcional que intenta explicar el uso del discurso teniendo en cuenta los objetivos del enunciante y el contexto en el que se articula.

Sirva esta escueta explicación para entender un poco mejor la perspectiva que condicionará, en adelante, el análisis de los editoriales de la prensa occidental. A modo de resumen, el siguiente listado elaborado por Fairclough y Wodak, permitirá recapitular algunas de las ideas desarrolladas en este punto.

1. El ACD trata de problemas sociales
2. Las relaciones de poder son discursivas.
3. El discurso constituye la sociedad y la cultura.
4. El discurso hace un trabajo ideológico
5. El discurso es histórico
6. El enlace entre el texto y la sociedad es mediato.
7. El análisis del discurso es interpretativo y explicativo.
8. El discurso es una forma de acción social. (Fairclough & Wodak, 2000)

C. CUADRADO IDEOLÓGICO

Antes de proceder a explicar las singularidades del artículo editorial es preciso mencionar una última característica que los teóricos del ACD atribuyen a la construcción del discurso. Éste puede manifestarse en dos niveles. El primero, denominado micro-nivel del orden social, es al que pertenecen las interacciones cumplidas por actores sociales. Es el otro nivel el realmente interesante para el presente trabajo. Y es que el macro-nivel es aquel en el que se emplazan las relaciones de las instituciones, grupos y relaciones de grupos, y por tanto el orden social (van Dijk T. A., 1999). Huelga decir que el objeto de estudio de este trabajo (los editoriales de prensa) operan de lleno en este segundo nivel.

Lo interesante de esta diferenciación es que, aunque presente en todas las estrategias de comunicación, es precisamente en el macro-nivel donde más claramente se percibe lo que el propio van Dijk denomina "el cuadrado

ideológico". Se trata de una pauta recurrente cuando los agentes del poder social quieren afianzar una ideología y, en el plano del significado, se concreta así (van Dijk T. A., 1996):

- 1) Expresar/enfatizar la información positiva sobre Nosotros.
- 2) Expresar/ enfatizar la información negativa sobre Ellos.
- 3) Suprimir/ des-enfatizar la información negativa sobre Nosotros
- 4) Suprimir/des-enfatizar la información positiva sobre Ellos.

Esta estrategia basada en la dicotomía Ellos/Nosotros se antoja especialmente interesante en el contexto del presente trabajo. No olvidemos que el conflicto de Crimea constituye, entre otras muchas cosas, una pugna entre dos bloques que buscan afianzar su relevancia geoestratégica (Occidente y Oriente). Huelga decir que los periódicos analizados, en calidad de instituciones sociales de países de referencia en el bloque occidental, presentan un alineamiento ideológico fuerte e incorporan de forma muy clara la estrategia planteada por van Dijk. El objetivo claro de esta estrategia es la reproducción ideológica. No olvidemos que:

En las sociedades industrializadas, los medios de comunicación son la institución principal de (re)producción ideológica, probablemente más importantes que el sistema educativo propiamente dicho (van Dijk T. , 1997)

D. LAS SINGULARIDADES DEL ARTÍCULO EDITORIAL

Los medios suelen llevar a cabo esta reproducción ideológica mediante la configuración de la agenda informativa (la elección y jerarquización de unas noticias en detrimento de otras), pero también existen espacios de opinión en los que la persuasión se basa en otras estrategias más patentes.

Los artículos editoriales, que como ya se ha dicho anteriormente, conforman la apoyatura metodológica de este trabajo, revisten de unos rasgos definitorios muy concretos. Según, José Luis Martínez Albertos es "el artículo periodístico sin firma que explica, valora y juzga un hecho periodístico sin firma que explica, valora y juzga un hecho noticioso de especial importancia. Este juicio colectivo e institucional se formula de acuerdo con una convicción de orden superior que refleja la postura ideológica de cada periódico". (Martínez Albertos, 1983)

Esta es quizá la característica más importante del artículo editorial. Aquí no es el periodista quien pone su voz, sino que ejerce de portavoz de la

institución periodística. En la elaboración del texto, además, debe ofrecer un análisis que trascienda lo meramente informativo e incorpore elementos explicativos e interpretativos:

Mientras la noticia da el parte diario de lo sucedido, el editorial interpreta el sentido de ese acontecer o previene de lo que se está fraguando en la sociedad. El editorial es la presentación de un hecho y su valoración argumentada, con la finalidad de aclarar la trascendencia de ciertas noticias de interés, de tal manera que la importancia de los hechos quede puntualizada para el lector, y con el objetivo de influir en la opinión pública. (Armañanzas & Díaz Noci, 2002)

Para sintetizarlo de forma clara, nos referiremos a las funciones que Luisa Santamaría atribuye a los textos editoriales (Santamaría, 1990):

1. Explicar los hechos: la importancia de los sucesos del día
2. Dar antecedentes: contextualización histórica
3. Predecir el futuro
4. Formular juicios: los editorialistas son guardianes no oficiales de la conciencia pública. De aquí que se ocupen de juicios morales, de juicios de valor. La tarea del editorialista es la de clarificar los hechos, analizar problemas complejos y aportar esclarecimiento sobre situaciones oscuras.

4. DESARROLLO

4.1 REVOLUCIÓN

El 22 de febrero de 2014 los opositores al régimen de Víctor Yanukovich ocuparon las principales instituciones de la ciudad de Kiev, iniciando el cambio de ciclo político y desencadenando el maremágnum de acontecimientos que originó la crisis diplomática.

Las protestas se habían venido desarrollado durante más de 3 meses y estaban lideradas por grupos de muy distinta procedencia. Las consecuencias de la revolución se han tornado claras a lo largo de los meses, pero no tanto sus causas ni las intenciones de los agentes que la impulsaron. No se aprecia tampoco unanimidad de criterio en la valoración que en su momento hizo la prensa occidental de este fenómeno. Lo que sí es unánime es la crítica a Yanukovich, a cuyo gobierno se le acusa

invariablemente de cleptocracia, intolerancia y represión de la libertad de expresión. El núcleo de las críticas se centra en la gestión que el todavía presidente hizo de la crisis cuando estallaron las protestas. La violencia con la que se emplearon las fuerzas de antidisturbios provocó la muerte de 82 personas a lo largo de distintas jornadas en enero y febrero de 2014, alimentando aún más la espiral de violencia:

Yanukovich huyó sabiendo que no aguantaría mucho la rabia de la población sobre los asesinatos de la Plaza de la Independencia de Kiev y el shock que seguiría a que el alcance total de sus hurtos se hiciera público. [*Mr. Yanukovych fled knowing full well that he would not last long given the public fury over the killings in Kiev's Independence Square and the shock that would follow once the full scope of his thievery became public.*] (The New York Times, Editorial 2 de marzo)

Si el rechazo del gobierno de Yanukovich es unánime, no ocurre lo mismo con la opinión sobre los agentes que lideraron las protestas y, finalmente, conformaron el gobierno interino que sustituyó al presidente depuesto. Sin embargo, sí podemos identificar una corriente en la que predomina una explicación simplificadora por la cual se intenta dibujar una dicotomía clara entre dos bandos organizados en torno a las siguientes ternas:

Bando revolucionario: Filoeuropeo | Prodemocrático | Zona occidental de Ucrania
Bando continuista: Filoruso | Pro-autarquía/autoritarismo | Zona oriental de Ucrania

En las cabeceras que dibujan esta dicotomía se aprecia claramente la idea del cuadrado ideológico que postula van Dijk y que desarrollamos al explicar el ACD. El País, el mejor ejemplo de esta práctica, se identifica con los opositores y establece una clara oposición entre el régimen anterior y el sistema democrático que, considera, persiguen los protestantes. Yanukovich es tildado de "cleptómano", "dictador", y "representante de una cultura gansteril, al frente de un régimen corrompido y ensangrentado". Frente a él, el fenómeno revolucionario es definido como "una revolución cívica", una "expresión admirable de un pueblo decidido a no dejarse aplastar", y los editorialistas celebran los "anhelos democráticos" de sus impulsores y su responsabilidad al liquidar "algunos de los aspectos mas intolerables de la realidad". Otros medios, como el Washington Post, subrayan que las acciones que pusieron fin al régimen político fueron democráticas "porque miembros del partido de Yanukovich participaron en las votaciones"

del *impeachment*² que destituyó al presidente por «abandono de sus funciones», después de que este abandonara el país sin anunciarlo al Parlamento. Hay incluso cabeceras que limitan la dicotomía al apartado geoestratégico sin valorar la naturaleza misma de la protesta. Citan, incluso, uno de los argumentos esgrimidos por el Kremlin para deslegitimar la revolución –la de la presencia de grupos de extrema derecha entre los líderes de las protestas–, pero le restan importancia:

Que elementos extremistas, incluidos ultranacionalistas de derechas, también actúen en Maidán no cambia el fondo del asunto. (...) La pregunta es si los países situados en las fronteras del antiguo imperio soviético son libres o no para entrar en los acuerdos de asociación con la UE, y, más ampliamente, de decidir libremente su destino sin que un veto ruso se interponga. [*Que des éléments extrémistes, ultranationalistes de droite notamment, soient aussi à la manœuvre sur Maidan ne change rien au fond de l'affaire. (...) La question est de savoir si des pays situés aux confins de l'ex-empire soviétique sont libres ou non de conclure des accords de partenariat avec l'UE, et plus largement, de décider librement de leur destin sans qu'un veto russe vienne s'interposer.*] (Le Monde, Editorial 22 de febrero)

Tan evidente es la simplificación utilizada por varios medios para explicar el conflicto social y la maniquea dicotomía pro-europeos/pro-rusos que muchas cabeceras ilustran, que el tabloide británico The Guardian señala este hecho y lo refuta.

Los descontentos políticos de los ucranianos son más complejos: La rabia ante la corrupción endémica y el nepotismo, el coste inasumible del gas y las desigualdades crónicas no está confinada al oeste o el centro. Lo que “pro-europeo” significa en el contexto de los recientes eventos políticos en Ucrania no es necesariamente una noción concreta o incluso realista. [*Ukraine's political discontents are more complex and messy. Anger at the endemic corruption and cronyism, unaffordable gas subsidies and chronic inequalities is not confined to the west and centre. The reality is that what "pro-Europe" means in the context of Ukraine's recent political events is not necessarily a concrete or even realistic notion.*] (The Guardian, Editorial 23 de febrero)

Con esta sentencia, The Guardian rebate la primera de las proposiciones en las que se apoya la triada que ya hemos mencionado: La revolución no es obra exclusiva de los llamados “filoeuropeos”. Y, para acabar de desmontar

² Figura del derecho anglosajón mediante el cual se puede procesar a un alto cargo público

la idea de que la revolución implicaría, inevitablemente, una limpieza democrática del régimen corrupto, los editorialistas de The Guardian echan la vista atrás y traen a colación la Revolución Naranja, una serie de revueltas que a finales de 2004 denunciaron la corrupción y el fraude en las elecciones presidenciales ganadas por Viktor Yanukovich. Como resultado de estas protestas, se repitieron los comicios bajo una supervisión estricta de observadores internacionales. La nueva votación dio como ganador al europeísta Yuschenko, pero en su mandato, según The Guardian, "la Revolución Naranja se deshizo rápidamente en una ciénaga de luchas internas, corrupción e incompetencia". Ese "incompleto y decepcionante intento de rehacer el sistema político ucraniano" sirve al tabloide británico para recordar que la corrupción en Ucrania es un mal endémico y no exclusivo de los partidos pro-rusos y, al mismo tiempo, alertar de que "no todas las revoluciones derivan en sistemas políticos mejores".

El propio Euromaidán, sostienen algunas cabeceras, no es un fenómeno tan democrático y cívico como otros medios han querido señalar. The New York Times, The Times y The Guardian no comparten la idea de que el cambio de sistema político siguiera una vía legal, ni tampoco aceptan que la presencia de grupos de extrema derecha al frente de las protestas y, eventualmente, en la formación del flamante gobierno interino, no tenga una incidencia importante. Así, The New York Times alerta de que "hay mucho que criticar en la forma en la que el gobierno del presidente Victor Yanukovich fue expulsado de Ucrania y reemplazado rápidamente por un grupo interino". The Guardian es, de nuevo, la cabecera que más pródigamente desarrolla esta idea. Incluso concede cierto crédito a las acusaciones del ejecutivo ruso al asumir que "la constitucionalidad y un líder electo fueron descartados, y hay algunas fuerzas en el lado revolucionario con opiniones políticas repugnantes"³ (The Guardian, Editorial 23 de febrero). Estas fuerzas se incorporaron al nuevo ejecutivo cuando se formó el gobierno interino -2 nacionalistas de Svodova, partido de extrema derecha, se sentaron en el ejecutivo- y The Guardian volvió a dar cuenta de ello al denunciar que "la extrema derecha era demasiado prominente en el nuevo gobierno en Kiev". Otra de las preocupaciones más extendidas acerca del nuevo gobierno interino es la falta de liderazgo interno. Mientras que El País alerta de que la consecución de la estabilidad "es más formidable en ausencia de estructuras institucionales consolidadas o de líderes políticos no desacreditados por décadas de corrupción", The Times sostiene que "no se

³ "Constitutionality and an elected leader were discarded, and there are some forces on the revolutionary side with repugnant political opinions".

puede contar con el Gobierno de Kiev para prevenir un descenso a la locura⁴”.

La prueba más clara de esta idea se tornó evidente el mismo día en que las fuerza opositoras ocuparon las instituciones políticas. El 22 de febrero, la Rada Suprema de Ucrania abolió la ley sobre las lenguas de las minorías, aprobada en 2010, lo que, de facto, negaba al ruso la condición de lengua cooficial en las regiones del este. Esta acción, extremadamente influyente en el devenir de los acontecimientos, apenas es mencionada en la mayoría de editoriales. The Times, en cambio, lo define como un “acto deliberadamente hostil dirigido a los rusófonos de Crimea que fue interpretado como tal” (Editorial, 28 de febrero). Tanto es así que, en adelante, esta decisión serviría de subterfugio al Kremlin para denunciar al gobierno interino y justificar sus maniobras en la frontera. De hecho, cuando el 30 de marzo el Consejo de la Federación Rusa aprobó la entrada de sus Fuerzas Armadas en el país vecino para, en palabras de Vladimir Putin, “proteger las vidas amenazadas de los ciudadanos rusos, nuestros compatriotas”.

Fue un grave error por parte del nuevo gobierno de Kiev no tener en cuenta la necesidad de auspiciar un gobierno de coalición que asegurara los intereses de todos los grupos étnicos del país en un momento de crisis como el que en ese momento atravesaba Ucrania, y así lo subraya The Times, que llega incluso a evocar las matanzas en Yugoslavia para ilustrar hasta qué punto puede tornarse en incontrolable un conflicto étnico:

Existe la posibilidad de un conflicto étnico comparable con la matanza que tuvo lugar tras el desmembramiento de Yugoslavia. La península de Crimea es el hogar de muchos grupos. (...) Si el conflicto continúa hasta el punto de que Rusia busque separar Crimea de Ucrania, podría desatarse una guerra que enfrentara a los grupos étnicos entre ellos. [*The prospect is an ethnic conflict comparable to the slaughter that took place after the break-up of Yugoslavia. (...) If the conflict proceeds to the point where Russia seeks to separate Crimea from Ukraine, war would be unleashed that would set ethnic groups against each other.*] (The Times, Editorial 28 de febrero)

Curiosamente, y este es un comportamiento presente en todas las cabeceras, ese tono aleccionador para con el gobierno interino y conciliador con el Kremlin, se tornará más beligerante a medida que Moscú aumente la

⁴ Kiev's interim government cannot by itself be counted on to prevent a descent into madness

tensión del conflicto. De esta forma, aunque en su editorial del 28 de febrero The Times define como un “acto deliberadamente hostil” la ley promulgada y previene ante la posibilidad de un conflicto étnico, el 17 de marzo denuncia que, “con el pretexto de defender a los rusófonos de una amenaza inexistente, Rusia ha redibujado una frontera internacional en el corazón de Europa del Este, de forma unilateral y por la fuerza⁵”.

4.2 INTERESES RUSOS

Fuera o no consistente la justificación que Putin dio a sus maniobras al hablar de la seguridad de sus “compatriotas”, parece evidente que ésta no fue su motivación principal. Ni tampoco salir en defensa del presidente Yanukovich, “el único líder legítimo de Ucrania”, en palabras de Putin. Por mucho que Yanukovich y Putin fueran aliados históricos y firmantes de un pacto por el cual Rusia proveía de gas barato a Ucrania y además se había comprometido a concederle un crédito de 15 billones de dólares en situaciones muy ventajosas, al presidente ruso no se le escapaba la falta de popularidad del líder ucraniano. Y por eso se abstuvo de apoyarlo firmemente en los momentos críticos. “El precario apoyo desde Moscú a Yanukovich le ha dejado expuesto, incluso entre los apoyos de su propio partido, abriendo la puerta a su destitución⁶”, se puede leer en la Editorial de The Observer del 23 de febrero.

¿Cuál era el fin, entonces, de la “clara estrategia de presión”, en palabras de El País, que el Kremlin inició al ordenar a sus soldados maniobrar en la frontera ucraniana? De la lectura de la prensa occidental se extrae la conclusión de que ninguna respuesta sería válida si no tomara en consideración varios factores. En un intento por simplificar la explicación se han identificado 4 objetivos principales:

4.2.1 FRENO DE POSTERIORES REVOLUCIONES

⁵ On the pretext of defending ethnic Russians from a non-existent threat, Russia has redrawn an international border in the heart of Eastern Europe, unilaterally and by force.

⁶ What is clear is that the lacklustre support from Moscow for Yanukovych on Friday left him badly exposed, even among supporters of his own Party of Regions, opening the way for his impeachment yesterday.

Para The Washington Post la Rusia de Putin es una "democracia iliberal" cuyas características más definitorias son la cleptocracia, la intolerancia y la represión de la libertad de expresión⁷. Para The Times, un régimen autocrático satisfecho de contestar al lenguaje diplomático con la ampulosidad de los matones⁸. Es obvio que la visión extendida sobre el sistema político ruso no es la de una potencia democrática igual, a pesar de que Moscú sea un importante aliado comercial de las potencias occidentales y un compañero frecuente a la mesa de las principales organizaciones internacionales relevantes.

Y esta idea es extensible a los regímenes que están bajo la influencia directa del Kremlin. Una tesis que sobrevuela los discursos de todas las cabeceras analizadas es la de que el poder de Rusia sobre su esfera de influencia se articula imponiendo un sistema político análogo al suyo en estos países. Eso es precisamente lo que ocurriría con Ucrania. Y, para subrayar esta relación, frecuentemente se trazan paralelismos entre las figuras del denostado Yanukovich y su homólogo ruso. Expresiones como "Vladimir Putin, mentor de Yanukovich", aparecida en El País, o "Victor Yanukovich, devoto aliado de Rusia", en The Times, dan cuenta de ello.

Esta relación directa les sirve a los editorialistas occidentales para inducir la idea de que una revolución democrática en Ucrania podría, a tenor de las semejanzas de sus sistemas políticos, extenderse a Rusia y hacer peligrar la estabilidad del Kremlin:

Putin está motivado por el miedo y la audacia. Se ha embarcado en el proyecto de desmembrar Ucrania, en parte porque teme por Rusia si su vecino escapa hacia un futuro europeo brillante. Desde las masivas protestas que siguieron a su regreso a la presidencia en 2012, Putin ha trabajado para impedir verse arrastrado por una oleada de sentimiento prodemocrático. [*Mr. Putin is motivated as much by fear as boldness. He has embarked on the path of dismembering Ukraine in part because he fears for Russia if its neighbour is seen to escape into a bright European future. Ever since the mass protests that surrounded his controversial return to the presidency in 2012, Mr. Putin has worked hard to prevent*

⁷ (...) "illiberal democracy" – as some have called it – whose features are kleptocracy, intolerance and a crackdown on protest and freedom of expression. (The Washington Post, Editorial)

⁸ (...) corrupt and retrograde regime content to answer the language of diplomacy with the bombast of the bully (The Times 7 de marzo)

himself being ejected on a wave of pro-democratic sentiment.] (The Guardian, Editorial 16 de marzo)

Le Monde va incluso más allá y establece una oposición clara entre la figura de Putin y los procesos revolucionarios democráticos:

[Acerca de Putin] Su aversión por las revoluciones de colores, esos vaivenes que marcan la emancipación de una sociedad que rechaza un sistema de poder, de corrupción y de clanes, no es un misterio para nadie. En Ucrania, el efecto es particularmente notable porque es la gran hermana república eslava, con resonancias inevitables en Rusia. [*Son aversion pour les révolutions de couleur », ces basculements qui marquent l'émancipation d'une société rejetant un système de pouvoir, de corruption et de clan, n'est un mystère pour personne. En Ukraine, l'effet est particulièrement frappant, car il s'agit de la grande république slave sœur, avec des résonances inévitables en Russie.*](Le Monde, Editorial 24 de febrero)

4.2.2 REIVINDICACIÓN DE LAZOS HISTÓRICOS

Cuando The New York Times expone los motivos que llevaron a Putin a embarcarse en la aventura crimeana, acierta a describir concisamente la opinión de la mayoría de rusos respecto a la península: La recuperación de este territorio significaría "la corrección de una anomalía histórica"⁹.

No es este un alegato común en el discurso occidental. De hecho, los editorialistas de las cabeceras analizadas parecen rehuir de una recapitulación histórica, porque eso supondría aceptar los incuestionables vínculos históricos que unen Crimea con Rusia. Es del todo sorprendente que sólo El Mundo y The Guardian mencionen, siquiera de forma somera, que Crimea formó parte del imperio ruso desde el siglo XVIII y que fue entregada a Ucrania en 1954 por Nikita Khrushchov, en un estrambótico gesto que pretendía celebrar el 300º aniversario desde que su país natal pasara a formar parte de Rusia, porque, de facto, la cesión no significaba una transferencia real, sino una donación simbólica entre repúblicas integradas en la URSS.

La propia naturaleza demográfica de la población crimeana confirma la singularidad a la que asistimos, ya que un 58% de sus habitantes son de etnia rusa y, según diversas encuestas, algunas de ellas realizadas por la

⁹ The righting of a historical anomaly

propia ONU varios años antes de que el conflicto estallara, más de la mitad de la población veía con buenos ojos un cambio en el estatus legal crimeano¹⁰. Mal que le pese a El Mundo que, inexplicablemente, argumentaba en su editorial del 2 de marzo que “ni siquiera en la Península de Crimea, con el 60% de la población rusa y un 15% de indígenas tártaros proclives a Kiev, ha existido un movimiento independentista fuerte” (2 de marzo). Una cosa es argumentar que ninguno de estos condicionantes autoriza la actuación del Kremlin porque vulnera el derecho internacional y otra muy distinta omitir información relevante o incluso negar datos contrastados a fin de deslegitimar al régimen ruso. Curiosamente, los propios editorialistas de El Mundo contradijeron su propia tesis en su editorial del 18 de marzo, cuyo objetivo era desmentir los paralelismos que había trazado el ministro Margallo entre la cuestión independentista crimeana y la catalana. Sorprende la volubilidad de sus argumentos en función del objetivo del texto:

Crimea ha formado parte de Rusia hasta hace 60 años. Otra cosa es que haya vulnerado la Carta fundacional de la ONU y el statu quo de Ucrania para huir hacia lo que en torno a un 60% de sus ciudadanos considera la madre patria. Ni que decir que Cataluña no tiene Estado en el que cobijarse más allá de sí misma, en esa especie de Ínsula Barataria rica, sin crisis y sin pobres a la que alude Artur Mas en sus ensoñaciones. (El Mundo, Editorial 18 de marzo)

4.2.3 PROTECCIÓN DE UN ENCLAVE ESTRATÉGICO

La importancia estratégica de Crimea es incuestionable a tenor de la cantidad de instalaciones e intereses que Moscú tiene emplazados en este pequeño territorio. Además de encontrarse en el margen de la esfera de influencia rusa (punto que desarrollaremos más adelante), la península constituye un paso obligado para los billones de dólares de gas que Gazprom exporta a Alemania y los países de Europa del Este. Por otra parte, Crimea hospeda la flota del Mar Negro en la ciudad de Sebastopol, bajo la protección de un contrato de arrendamiento a largo plazo pactado por Rusia y Ucrania. La base naval de Sebastopol sirve a Rusia para ampliar su influencia a todo el Mar Negro.

¹⁰ Una encuesta realizada en 2012 con apoyo del Programa de las Naciones unidas para el Desarrollo concluía que un 38% de la población apoyaba la anexión rusa de la península mientras que un 9,9% prefería una Crimea independiente.

Pareciera que los intereses son de por sí suficientes para explicar el miedo de Rusia ante un eventual cambio en la política exterior de Ucrania que obligara a revisar los pactos adquiridos con el Kremlin. Sin embargo, este no es un argumento que contemplen los editorialistas de Occidente. Por el contrario, está extendida la idea de que esos pactos tenían la suficiente consistencia como para no peligrar a pesar de la deriva pro-occidental en Kiev. De hecho, la ofensiva militar rusa no haría otra cosa que poner en peligro estos intereses en aras de un objetivo mayor. En palabras de Le Monde, "Crimea es secundaria en esta historia. Los rusos ya tenían un tratado con todo lo que necesitan (...) Crimea es una rehén estratégica¹¹". Esta aseveración nos permite intuir la idea de que la aventura militar en la península responde a una estrategia de largo alcance, lo que en argot geoestratégico se ha conocido como "dominación del 'near abroad'". Liberation nos ofrece probablemente el más atinado resumen del valor de la península:

Crimea cuenta con sólo 27.000 km², pero su importancia estratégica, histórica y cultural es enorme. Esta es la apertura hacia el Mar Negro de la enorme Rusia y la pequeña Ucrania, la región ex-soviética con mayor población rusa (a excepción de Rusia), y el lugar de destino turístico favorito no solo de artistas e intelectuales (entre ellos, Maximiliano Voloshin y poetas Marina Tsvietáieva), sino también de la nomenclatura (recuerda el golpe de Estado de 1991, cuando Mijail Gorbachov quedó bajo arresto domiciliario en Foros). La Crimea es también Yalta, altamente simbólica, ya que acogió la conferencia más importante del siglo pasado, que selló el fin de la Segunda Guerra Mundial, y también Sebastopol, el emplazamiento de la base naval de la flota rusa en el Mar Negro . [*La Crimée, c'est 27 000 km² seulement, mais des enjeux stratégiques, historiques et culturels énormes. C'est l'ouverture vers la mer Noire de l'immense Russie et de la petite Ukraine, la région ex-soviétique la plus peuplée de Russes (hors Russie), et le lieu de villégiature favori des artistes et intellectuels (parmi eux, les poètes Maximilian Volochine et Marina Tsvetaïeva), mais aussi de la nomenclatura (on se souvient du putsch de 1991 quand Mikhaïl Gorbatchev y fut assigné à résidence dans sa datcha de Foros). La Crimée, c'est aussi Yalta, ville éminemment symbolique puisqu'elle accueille la conférence la plus importante du siècle dernier qui scella la fin de la Seconde Guerre mondiale, et aussi Sébastopol, qui abrite la base navale de la flotte russe en mer Noire.*] (Liberation, 28 de febrero)

¹¹ La Crimée est secondaire dans cette histoire. (...) Les Russes y disposaient déjà partraité de tout ce dont ils ont besoin. La Crimée est un otage stratégique.

4.2.4 SALVAGUARDA DEL INTERÉS EN EL "NEAR ABROAD"

Desde que la Unión Soviética se desmantelara en 1991, Rusia ha buscado mantener una esfera de influencia en su entorno que le permita afianzar su relevancia geoestratégica. Es la tesis de buena parte de los analistas occidentales. Siguiendo esta línea de pensamiento, parece claro que si los pactos de Ucrania con la Unión Europea tuvieran continuidad en el tiempo y se llegara a debatir su membresía de pleno derecho en organizaciones como la UE o la OTAN, la situación resultante depararía un equilibrio de poder menos ventajoso para Rusia.

Para afianzar su zona de influencia en enclaves problemáticos, Rusia ha venido provocando en los últimos años lo que se conoce como "conflictos congelados". Se trata de incursiones en países vecinos que buscan establecer el dominio ruso en franjas estratégicas mientras desestabilizan a los países a los que pertenecen nominalmente. Esto es precisamente lo que Putin estaría haciendo en Crimea según el discurso dominante en la prensa occidental. "No es difícil imaginar el objetivo del señor Putin. Parece contestar a la deposición del gobierno pro-kremlin ucraniano con una vieja y fea táctica rusa: provocar una rebelión separatista en un país vecino, usando sus propias tropas cuando es necesario ¹² ", sentencia The Washington Post.

Anteriormente a Crimea, Rusia ya llevó a cabo esta práctica en la zona de Transnistria -en Moldavia-, y en las provincias georgianas de Osetia del Sur y Absajia. De hecho, lo ocurrido en Georgia sigue un *modus operandi* muy parecido al visto en Ucrania. Cuando el gobierno de Tsibilis desplegó fuerzas en Osetia y Absajia para sofocar las protestas pro-rusas, Moscú ordenó la ocupación de Absajia y Osetia del Sur con el pretexto de asistir a "sus hermanos separatistas". La analogía con lo ocurrido en Georgia es frecuente en los editoriales de la prensa occidental y es utilizado para identificar una estrategia que, en palabras de The Guardian, se basa en "el propietorialismo, el pensamiento de suma-cero y el oportunismo ¹³ ".

¹² Mr. Putin's likely objective was not difficult to figure. He appears to be responding to Ukraine's overthrow of its pro-Kremlin government last week with an old and ugly Russian tactic: provoking a separatist rebellion in a neighboring state, using its own troops when necessary. (Washington Post, Editorial 28 de febrero)

¹³ Mr Putin's 'near abroad' policy is characterised by proprietorialism, zero-sum thinking and opportunism (The Guardian, Editorial 2 de marzo)

Siguiendo esta línea de pensamiento, Le Monde llega a afirmar que Crimea no es más que un peón estratégico:

Lo que persigue el Sr. Putin es una guerra de desestabilización contra Ucrania para prohibirle entrar en un acuerdo financiero con Occidente. En el "extranjero cercano" de Rusia, la soberanía de Kiev debe permanecer limitada. *[Ce que M. Poutine poursuit, c'est une guerre de déstabilisation contre l'Ukraine pour lui interdire de conclure un accord financier avec les Occidentaux. Dans « l'étranger proche » de la Russie, la souveraineté de Kiev doit rester limitée.]*(Le Monde, Editorial 3 de marzo)

La importancia de Crimea en el curso de la estrategia rusa respecto a su "near abroad" es innegable. Son muchos los medios que denuncian la impunidad con la que Putin pudo culminar su operación en Georgia en 2008. Por eso, la actitud de Occidente ante la escalada de violencia en Crimea influirá inevitablemente en posteriores tentativas rusas de controlar su zona de influencia. Liberation ya prevenía en una fecha tan temprana como el 3 de marzo de las similitudes entre Crimea y Georgia.

El objetivo de Putin está en otra parte: quiere Ucrania bajo su bota, un Estado vasallo debilitado por la ocupación y la amputación de parte de su territorio. Él sabe que no puede reescribir la historia, como en Praga o Budapest, pero apostando por la cobardía de los europeos, jugará como en Georgia o Armenia con todo su poder para hacer daño e intimidar, la manipulando a las minorías y a los extremistas. *[Le but de Poutine est ailleurs : il veut une Ukraine à sa botte, un Etat vassal affaibli par l'occupation puis l'amputation d'une partie de son territoire. Il sait qu'il ne peut refaire l'histoire, comme à Prague ou à Budapest, mais, pariant sur la pusillanimité des Européens, il va jouer comme en Géorgie ou en Arménie de tout son pouvoir de nuisance et d'intimidation, manipulant les minorités et les extrémistes.]* (Liberation, 3 de marzo)

En ese sentido, The Washington Post previene de otros posibles puntos calientes al destacar que "Estonia, Letonia y Lituania son miembros de la OTAN y tienen minorías rusas que el Kremlin ha intentado manipular en el pasado". Por eso, concluye, "un primer paso obvio [para evitar que lo acontecido en Crimea se repita] es dedicar mayores recursos de la OTAN al

entrenamiento, ejercicios y planes de defensa en los países miembros situados a lo largo de la frontera con Rusia¹⁴.

3- LAS IMPLICACIONES DE LA PUGNA GEOPOLÍTICA

El 11 de marzo The New York Times empezaba su artículo editorial con la siguiente frase: "En este punto de la confrontación en Ucrania es importante clarificar que el problema no es simplemente 'a quién pertenece Ucrania'¹⁵". El 9 de marzo Liberation había usado casi las mismas palabras al sentenciar que "según pasan los días, se hace evidente que los problemas de fondo del enfrentamiento entre Rusia y Occidente en la cuestión ucraniana va mucho más allá de la simple aspiración de un pueblo a vivir en democracia¹⁶". De estas sentencias inducimos que la importancia del conflicto no radica tanto en el valor estratégico que tiene la península de Crimea *per se*, sino en lo influyente que puede ser la resolución del problema en la reconfiguración del orden geopolítico mundial y en la naturaleza futura de las relaciones diplomáticas. En el discurso de los editoriales se identifica una paradoja de difícil resolución: por una parte, existe el miedo de que si el Kremlin logra sus objetivos en Crimea mediante su política de hechos consumados, los ideales realistas hobbesianos se impongan en las relaciones internacionales frenando los avances diplomáticos que en los últimos años se han venido produciendo; por otro lado, una buena parte de los periódicos cree que, dada la escalada de violencia y la dureza con la que se emplea el Kremlin en Crimea, es imposible resolver el conflicto utilizando únicamente la diplomacia. Si no hay una interpretación mínimamente común del derecho internacional, ¿cómo confiar en la diplomacia? Pocos han sabido ilustrar mejor la problemática que el ministro de Exteriores de Lituania:

Las pretensiones de construir un nuevo orden mundial, basado en el consenso, saltan en pedazos y se impone la real politik. Como lo describía gráficamente el ministro de Exteriores de Lituania, unos estaban jugando fútbol, con sus reglas, y resultó que el otro equipo estaba jugando una mezcla de rugby y lucha libre. (El País, editorial 22 de marzo)

¹⁴ An obvious first step is to dedicate greater NATO resources to training, exercises and defense planning in members along the border with Russia.

¹⁵ It is important at this stage of the confrontation in Ukraine to clarify that the issue is not simply "who owns Crimea".

¹⁶ Plus les jours passent, plus il devient évident que les enjeux qui sous-tendent le bras de fer entre Russie et Occident sur le dossier ukrainien dépassent largement la simple aspiration d'un peuple à vivre en démocratie.

Tan firme es el alineamiento ideológico en dos bloques frontalmente opuestos que en el discurso de la prensa occidental se recurre frecuentemente a un lenguaje propio de la Guerra Fría. El País tilda las acciones del Kremlin de “flagrante desafío a la legalidad internacional y al orden posterior a la Guerra Fría”. Por su parte, El Mundo afirma que “volvemos a un escenario de Guerra Fría que indudablemente va a repercutir en la endeble recuperación de unas economías occidentales”.

Pero el contexto es muy distinto al de la Guerra Fría. La globalización y la interdependencia financiera entre las principales economías del mundo es tal que cualquier desencuentro puede determinar la pérdida de miles de millones de dólares. Lo mismo ocurre en este caso. No debemos olvidar que la cuarta parte del gas natural que se consume en Europa proviene de Rusia, ni que la economía de Moscú es fuertemente dependiente del comercio y la inversión de Occidente. Que los bancos rusos tengan una exposición de 30 billones de dólares en Ucrania también parece una razón de peso para considerar que un escenario de Guerra Fría, como dice El Mundo, es altamente improbable. Por si esto fuera poco, existe también una clara dependencia bursátil que se concretó poco después de que el Kremlin movilizara a sus tropas en la frontera ucraniana, cuando el 3 de marzo la desconfianza internacional provocó que la bolsa de Moscú perdiera un 11% de su valor, obligando al banco central de Rusia a gastar más de 7 billones de dólares. Quizá por eso The New York Times tilde de “comentaristas excitados” a aquellos que “hablan de un nuevo Telón de Acero cayendo sobre Europa”. La misma idea es defendida por The Guardian que, con evidente sorna, sentencia:

Esto no es la guerra fría. El mundo ya no está dividido en bloques del este y oeste separados por una cortina de acero. Los brokers rusos viven en Kensington y Upper West Side y esquían en Courchevel mientras las acciones de empresas rusas son compradas y vendidas en nombre de inversores de Tokio, Nueva York y Hong Kong. [This is not the cold war. The world is no longer split into eastern and western blocs divided by a separating iron curtain. Russian power brokers live in Kensington and the Upper West Side, and ski in Courchevel, while shares in Russian businesses are bought and sold in Moscow's exchange on behalf of investors in Tokyo, New York and Hong Kong] (The Guardian, editorial 4 de marzo)

4.1 DIÁLOGO VS. REPRESALIAS

Ante el aumento de las reyertas entre prooccidentales y filorusos en las regiones del este de Ucrania, el 1 de marzo la Cámara Alta rusa aprobó el envío de fuerzas armadas al país vecino. La apuesta explícita de Putin por la política de hechos consumados y la agresividad de sus acciones planteaban una difícil pregunta a los líderes occidentales. Se les presentan dos opciones: represaliar las acciones del presidente ruso para demostrar autoridad o buscar una solución conciliadora mediante la distensión y el diálogo. En palabras de The Times:

Europa se encuentra ante una peligrosa encrucijada. En una dirección se encuentra el camino de lo que en el siglo pasado se conoció como "apaciguamiento". El otro requiere una firme y unida negativa a aceptar la redefinición unilateral de las fronteras internacionales basada en pretextos de un régimen corrupto y retrógrado. [*Europe is at a dangerous crossroads. One way lies the path of what came to be known in the last century as appeasement. The other requires a steadfast, united refusal to accept the unilateral re-drawing of international borders on invented pretexts by a corrupt and retrograde regime*] (The Times, 7 de marzo)

Si esta última es una opción por la que se decantan varias cabeceras en la primera fase del conflicto, a medida que éste se torne más complejo, la solución diplomática perderá enteros en detrimento de planteamientos más agresivos. Un caso paradigmático es el de El Mundo que, aunque en fases avanzadas del conflicto defenderá una de las posturas más agresivas, en su editorial del 4 de marzo argumentaba que en Ucrania no debería labrarse una lucha de suma-cero entre Rusia y la Unión Europea:

Cada vez son más los analistas que piensan que la solución pasará por un acuerdo entre Rusia y el FMI que salvaguarde la influencia rusa en Crimea a cambio de un paquete de ayudas financieras a Ucrania cuando se haya conseguido un Gobierno estable y democrático en el país. (El Mundo, Editorial 4 de marzo)

La decisión de la cámara rusa violaba el derecho internacional, y en los círculos de poder de occidente ya se discutía la necesidad de represaliar al régimen del Kremlin si su amenaza se materializaba. Sin embargo, las cabeceras occidentales concebían todavía las 'sanciones' más como una arma de disuasión que como una posibilidad real. El 6 de marzo, The Guardian sostenía: "Aún no es tiempo de imponer sanciones económicas a Rusia, pero Putin debe ser persuadido de que son una opción. Esta era precisamente la estrategia que usó Barack Obama las primeras semanas: después de que se conociera la decisión de la Cámara Alta, telefoneó a su

homólogo ruso y conversó con él durante más de 90 minutos. The New York Times, en oposición a los sectores que reclamaban “dureza y liderazgo” defendía al presidente Obama por su templanza:

Liderazgo y credibilidad en una crisis significa reaccionar fría y racionalmente, no agitando los sables, o corriendo hacia una guerra económica que los aliados pueden o no apoyar, o pintando “líneas rojas” que desde la otra parte se puedan cruzar con impunidad. [*Leadership and credibility in a crisis mean reacting coolly and rationally, not rattling sabers, or rushing into economic warfare that allies may or may not support, or painting “red lines” that the other side can cross with impunity.*] (The New York Times, editorial 4 de marzo)

Y esa actitud fría y racional debía ser aplicada también por el gobierno interino de Kiev. Ningún intento de los líderes de las potencias occidentales por rebajar el tono del conflicto obtendría resultados si el presidente Yatsenyuk seguía provocando a la otra parte y alimentando la posibilidad de un enfrentamiento directo. Por eso, en su editorial del 5 de marzo, The Times reclamaba al líder ucraniano dar muestras de buena fe a los rusos:

[Yatsenyuk] debería dar a Moscú una confirmación pública y explícita de que el pacto sobre la base naval de Rusia en Sebastopol será respetado. Debería, finalmente, ser proactivo en ofrecer un curso legal hacia una mayor autonomía que deberá seguir al referéndum en Crimea [He should also give Moscow an explicit, public reassurance that its lease on Russia’s Sevastopol naval base will be honoured. He should, finally, be proactive in charting an orderly course to the greater autonomy that will almost certainly have to follow a Crimean referéndum.] (The Times, editorial 5 de marzo)

Pero, como decíamos antes, el discurso de la prensa cambió sobremanera en dos semanas. En esos días se sucedieron las acciones militares rusas, y la resolución del conflicto mediante la diplomacia parecía, de pronto, una quimera imposible. Los mismos editorialistas de The Times, que el 5 de marzo reclamaban pasos hacia la distensión, en su texto del 14 de marzo, proponían un plan de contingencia basado en 4 líneas de acción:

1. Aplicar sanciones a Rusia.
2. Reforzar la autoridad del nuevo gobierno interino de Ucrania.
3. Mostrar apoyo a la OTAN.
4. Prepararse para cualquier represalia que el Kremlin decida abordar.

Repárese en las dos palabras subrayadas. La elección del lenguaje no es casual y responde a una estrategia persuasiva clara. Como explica Antonio Remiro, el término "sanciones" evoca una jerarquía que, de facto no existe, pero sirve a la prensa occidental para acentuar la diferencia entre Rusia y Occidente.

"Se habla y se escribe en este sentido que EE UU o la UE han impuesto sanciones a Rusia. A los gobernantes primimundistas les encanta recurrir a esta terminología de aroma ejemplarizante. Realmente no hay tal. Las sanciones propiamente dichas solo pueden ser verticales, las puede imponer una organización a sus miembros, no a terceros. No caben las sanciones entre Estados soberanos e iguales; retorsión o represalias, sí".

Esas sanciones o represalias consistían en la exclusión de Rusia del G-8, las sanciones selectivas y la retirada de visados a dirigentes cercanos a Putin. Gestos que casi podríamos tildar de simbólicos y que no pretenden infligir daño por sí mismos, sino explicitar la condena internacional a Rusia para que el resto Estados reconsideren su política exterior para con ella. Se trata de una estrategia de largo alcance.

Pero las reclamaciones de la prensa occidental no se detienen ahí Hay incluso periódicos que piden un mayor compromiso militar para evitar que Crimea se convierta en un peligroso precedente (recordemos la tesis de que la península no sería más que un eslabón en la cadena de acontecimientos planeada por el Kremlin). El País se mostraba tajante en su editorial del 30 de marzo:

Es hora de que los europeos aceleren su compromiso militar(...). La única receta practicable reside hoy en la contención (evitar la repetición del caso), la disuasión (maniobras militares demostrativas y represalias diplomáticas estilo G-7) y la amenaza (de escalar las represalias, que han sorteado hasta ahora el cogollo del Kremlin). (El País, editorial 30 de marzo)

A pesar de que en esta fase más avanzada de la crisis, exista la opinión compartida de que el protocolo a seguir consiste en aplicar represalias, también se aprecia cierta crítica a la actitud demostrada por los líderes occidentales y la sospecha de que se ha dejado pasar el mejor momento para intentar apaciguar el clima político:

Ante una Ucrania en bancarrota, como era el caso, las ofertas de ayudas económicas tendrían que haber sido, de entrada, más efectivas y abundantes. Los líderes europeos tendrían también que haber sido muy

conscientes de que a Rusia no se la podía poner en la tesitura de temer perder su control, sobre esa parte de Ucrania que es vital para los intereses estratégicos rusos. (El Mundo, 7 de marzo)

4.2 REAL POLITIK VS. DIPLOMACIA

Hay una paradoja más que evidente en la forma en la que los editorialistas occidentales se refieren al presidente ruso. Se aprecia una condena clara a su vulneración las leyes del derecho internacional, y una fuerte crítica de la naturaleza del régimen moscovita. Pero también, y aquí yace la paradoja, una suerte de admiración por el carácter resolutivo y el liderazgo de Putin, algo que en muchas ocasiones se refleja de forma transparente con expresiones laudatorias. Los ejemplos, aunque pueda resultar sorprendente, son muy numerosos y están presentes en casi todas las cabeceras. He aquí una escueta selección de frases que merecen especial atención:

- El Kremlin se mueve con rapidez y firmeza. Putin mantiene todas sus opciones abiertas. (El País, 7 de marzo)
- Crimea representa a la postre la apuesta más audaz de un autócrata acostumbrado a hacer su voluntad en la escena internacional sin nada serio que temer. (El País, 16 de marzo)
- Ha llegado la hora de aplicar contundencia al formidable órdago del Kremlin. (El País, 16 de marzo)
- Rusia se ha salido con la suya violentando normas internacionales y acuerdos bilaterales, mientras Ucrania se lame las heridas arropada por una Europa y unos Estados Unidos tan irritados como impotentes. (El País, 22 de marzo)
- [Putin]Dejó claro a las potencias que es él quien tiene la sartén por el mango. (El Mundo, 16 de marzo)
- Parece evidente la determinación de Moscú de ocupar el papel predominante en el orden mundial al que ha renunciado la Administración de Obama.(El Mundo, 19 de marzo)
- Para ser un autócrata bien versado en política, Putin continua siendo impresionantemente sagaz. (The Times, 7 de marzo)
- Es difícil ver cómo responderán los Estados Unidos o la Unión Europea tras haber sido superados en astucia. (The Guardian, consultar día)

Como decíamos, estas expresiones laudatorias no impiden a los editorialistas referirse a la maniobra rusa en Crimea como un quebranto inaceptable de la legalidad internacional. Existe la idea compartida de que intentar modificar las fronteras establecidas (especialmente en el corazón de Europa) rebasa con creces todas las líneas rojas y carece de justificación.

Son varios los compromisos adquiridos por el gobierno ruso incumplidos en la ejecución de esta maniobra. Por una parte, su acción obvia una obligación *sine qua non* adquirida por los Estados integrantes de Naciones Unidas y recogida en su Carta fundacional que, en el artículo 2.4, reza que los miembros de la organización se “abstendrán de recurrir a la amenaza o al uso de la fuerza contra la integridad territorial o independencia política de cualquier Estado”. Más sensible aun es la ruptura de un pacto firmado a dos manos entre Kiev y Moscú, el memorándum de Budapest de 1994, en el que el Kremlin aceptó que respetaría la independencia y fronteras de Ucrania, a cambio de que se deshiciera de sus armas nucleares. Por todo ello, Le Monde sentencia:

En primer lugar, vamos a llamar a las cosas por su nombre: Rusia tiene la posesión de la península de Crimea, territorio perteneciente a Ucrania. Lo hizo por la fuerza, en violación del derecho internacional y todos los tratados que ha firmado. Es un acto de guerra fría. Está firmado Vladimir Putin. [*D ’abord, appelons les choses par leur nom: la Russie vient de s’empare de la Crimée, territoire appartenant à l’Ukraine. Elle l’a fait par la force, au mépris du droit international et de tous les traités qu’elle a elle-même signés. C’est un acte de guerre froide. Il est signé Vladimir Poutine.*] (Le Monde, 3 de marzo)

Esta idea es importante, porque sirve a los editorialistas para desarrollar la tesis de que la vulneración de los pactos adquiridos por Moscú entrañará indeseables consecuencias a largo plazo. Porque, como expone El País, “lo que el líder ruso gana en el terreno territorial lo ha dilapidado en prestigio y en oportunidades geoestratégicas”. O, dicho de otra forma, la desconfianza generada le puede costar a Putin que sus socios comerciales muestren mayores renuencias a la hora de negociar y el rechazo de Occidente puede acabar por llevarlo a una indeseable aislación internacional. Habida cuenta de las mutuas interdependencias de las que hemos hablado antes, se trata de un paisaje muy poco deseable.

Al final, el coste más grande para Rusia no será nada que Occidente decida hacer. Obama tenía razón cuando advirtió a Putin de que “más provocaciones no conseguirían nada salvo aislar más a Rusia y depreciar su lugar en el mundo. [*In the end, though, the biggest cost to Russia will not be anything the West decides to do. President Obama was right when he warned Mr. Putin “further provocations will achieve nothing except to further isolate Russia and diminish its place in the world”.*] (The New York Times, 18 de marzo)

Pero, con todo, como mencionábamos antes, son frecuentes los elogios al carácter resolutivo de Putin. El líder ruso es temerario e imprudente, sí, pero también audaz. ¿Por qué son tan importantes estas expresiones? Porque, si mi tesis es correcta, implican cierta concordancia con la idea de la real politik. Los medios condenan la violación del derecho internacional que implican las acciones del Kremlin y, sin embargo, parecen aceptar que la actitud de su líder es más efectiva en el terreno internacional para lograr sus objetivos en materia de política exterior. Y eso es precisamente lo que se reclama a los líderes occidentales, cuya actitud es definida de forma frontalmente opuesta a la del líder ruso. Veamos algunos ejemplos de ello para constatar las diferencias:

“Ucrania está poniendo de relieve la impotencia occidental para lidiar con una confrontación que exige firmeza de convicciones y voluntad política para defenderlas” (El País, 7 de marzo)

“Para evitar una larga confrontación es necesaria una determinación hasta ahora inexistente” (El País, 7 de marzo)

Moscú ha encontrado el camino expedito, consciente de la fragilidad de Ucrania, del desapego de Barack Obama por el cuerpo a cuerpo y la debilidad y las divisiones en el seno de la UE. (El País, 22 de marzo)

Las sanciones acordadas por la UE resultan tan inocuas que la diplomacia europea tuvo que justificar su débil respuesta en la necesidad de mantener abierta la puerta de la negociación. (El Mundo, 19 de marzo)

El Consejo Europeo debe corregir su tibieza y pactar medidas efectivamente sancionadoras, que disuadan a Vladimir Putin de su pulsión expansionista. (El Mundo, 19 de marzo)

Es probable que Occidente pierda su credibilidad si falla al proteger la integridad territorial de Ucrania. (The Times, 14 de marzo)

Tibieza, falta de liderazgo, indeterminación, impotencia... El cuadro que dibujan los medios occidentales no es nada alentador cuando se refieren a los líderes de sus países. Pero estos comentarios tienen una implicación mucho más amplia de lo que podría parecer en un primer momento, y se explica por la confrontación de dos paradigmas de la teoría política de las relaciones internacionales: realismo vs. idealismo. Ninguna cabecera ha desarrollado tanto este punto como lo hizo The Washington Post en su editorial del 2 de marzo:

Por cinco años, el Presidente Obama ha basado su política internacional más en cómo creía que el mundo debería funcionar que en la realidad.

Era un mundo en el que “la tendencia a la guerra estaba menguando” y los Estados Unidos podrían, sin demasiado riesgo, reducir radicalmente el número de sus fuerzas armadas. Según esta visión, otros líderes se comportarían racionalmente y en el interés de su gente y el mundo. Las invasiones, la fuerza bruta, los despliegues de poder y las alianzas eran cosas del pasado. [*For five years, President Obama has led a foreign policy based more on how he thinks the world should operate than on reality. It was a world in which “the tide of war is receding” and the United States could, without much risk, radically reduce the size of its armed forces. Other leaders, in this vision, would behave rationally and in the interest of their people and the world. Invasions, brute force, great-power games and shifting alliances — these were things of the past.*] (The Washington Post, 2 de marzo)

Esta actitud, prosigue The Washington Post, sería loable de no ser por las políticas desarrolladas por algunos líderes que no han recibido “el memo sobre el comportamiento en el siglo XXI”. En esta definición incluye al propio Putin , al presidente chino Xi Jinping por “torpedear la diplomacia con Japón”, y a su homólogo sirio Bashar al-Assad por librar una guerra “contra su propia población”. El conflicto de Crimea es un ejemplo de que el idealismo en materia internacional es quimérico si no todos los Estados concuerdan una línea de actuación común o al menos una serie de normas básicas. Pero, sentencia The Washington Post, mientras algunos líderes jueguen con reglas del siglo XIX, los países de Occidente no pueden apostar todo a la baza diplomática.

4.3 FUTURO GEOPOLÍTICO DE OCCIDENTE

El 21 de agosto de 2013, el régimen de Bashar el-Assad usó armas químicas contra su propia población, provocando la muerte de más de 1.400 civiles. Barack Obama había trazado una línea roja amenazando al gobierno sirio de fuertes represalias si recurría a este armamento, prohibido por la comunidad internacional. Pero el presidente de EEUU no concretó su amenaza, y esta decisión fue interpretada por muchos como un síntoma de debilidad. Le Monde llega incluso a concluir que fue esta acción la que llevó a Putin a desplegar su estrategia en Crimea sin temer consecuencias.

Es evidente que entre los medios occidentales se cultiva la idea de que Estados Unidos, por su condición hegemónica, ha de actuar como garante del orden internacional y hacer valer su condición en la resolución de conflictos. Por eso, existe el miedo de que la actitud reservista de la

administración de Obama -materializada en sucesivos conflictos como el de Georgia, el de Siria, y ahora Crimea- provoque que otros agentes desplacen a EEUU y asuman su papel predominante en el orden mundial. Esto es evidentemente contrario a los postulados de la prensa occidental, habida cuenta de su alineamiento ideológico. De nuevo es The Washington Post el que con mayor urgencia reclama a la administración de Obama que recupere su posición hegemónica en el plano internacional. Y lo hace aportando argumentos historicistas tomados directamente del doctor de Harvard Stephen Sestanovich, explicando que el deseo de retrotraerse es algo común en la política estadounidense, y suele deparar un importante desorden mundial:

“Hubo atrincheramientos similares tras las guerras de Corea y Vietnam y cuando la Unión Soviética se derrumbó. Pero lo que Estados Unidos descubrió cada una de esas veces es que el mundo se convertía en un lugar más peligroso sin su liderazgo y que ese desorden mundial podría amenazar la prosperidad estadounidense”. [*There were similar retrenchments after the Korea and Vietnam wars and when the Soviet Union crumbled. But the United States discovered each time that the world became a more dangerous place without its leadership and that disorder in the world could threaten U.S. prosperity.*] (The Washington Post, 2 de marzo)

Pero la reclamación de mayor implicación en la política exterior no es exclusiva a Estados Unidos. El núcleo de las críticas se dirige a los líderes europeos por su incapacidad de consensuar una línea de actuación. Los editorialistas se lamentan de que la Unión Europea no respaldara pronto y con firmeza las primeras medidas adoptadas por la administración Obama. Hasta se celebra en El País el toque de atención que dio Obama a sus socios en una rueda ofrecida el 29 de marzo al destapar las principales vulnerabilidades estratégicas de Europa: su insuficiencia energética y su escaso compromiso defensivo. La mayor interdependencia económica y energética respecto a Rusia es una explicación del todo plausible a la renuencia a imponer sanciones. Sin embargo, algunos medios consideran que el problema está en los alambicados procedimientos legislativos que regulan la toma de decisiones en la Unión. En efecto, la tardanza en la adopción de una resolución en el conflicto de Crimea se debió a la dificultad de conseguir el consenso de sus 28 miembros lo que, a priori, no parece la mejor fórmula para responder a crisis humanitarias. Pero además, la falta de consenso en una situación de tanta urgencia como esta revela una preocupante división interna. Por eso, Le Monde sentencia:

Como a menudo en política exterior, la decisión en Bruselas, da cuenta de un mínimo denominador común entre los países con diferentes tropismos. Europa del Sur optó en una dirección (nada en contra de Rusia), el Norte en otra (acciones contra Putin), y en el medio, Alemania, Gran Bretaña y Francia fueron incapaces de dar con una opción clara. [*Comme souvent en politique étrangère, la décision, à Bruxelles, relève du plus petit dénominateur commun de pays aux tropismes différents. L'Europe du Sud tirait dans un sens (rien contre la Russie), celle du Nord dans un autre (fermeté face à M. Poutine), et, au milieu, l'Allemagne, la Grande-Bretagne et la France étaient incapables d'un choix clair.*] (Le Monde 17 de marzo)

Lo que parece claro es que todos los medios temen que Crimea sea un punto de inflexión en las relaciones internacionales que resulte en un nuevo equilibrio de poder con saldo negativo para Estados Unidos y Europa. Crimea es una casilla de un tablero mucho más grande, y las eventuales consecuencias del conflicto son mucho más grandes que la pérdida o el mantenimiento de una península estratégica. Lo que está en juego es el liderazgo y la posición de poder de Europa y Estados Unidos. Los medios occidentales lo tienen muy en cuenta cuando elaboran sus discursos editoriales. Por eso el orden en Crimea era tan importante; por eso, la indeterminación de las potencias occidentales tan peligrosa. Diderot escribió: "Cuidado con el hombre que habla de poner las cosas en orden. Poner las cosas en orden siempre significa poner las cosas bajo su control".

5. RESUMEN DE CONCLUSIONES

- 1- La prensa occidental explota una **retórica deudora de la Guerra Fría** basada en la descripción de dos bloques antagónicos. En este sentido, se aprecia un claro alineamiento ideológico respecto al bloque occidental. A este se le asigna un rol estabilizador en la región, mientras que respecto a Rusia hay una condena explícita por vulnerar el derecho internacional.
- 2- Es más que notoria la idea de **que la importancia del conflicto en Crimea trasciende con mucho los intereses estratégicos de la península**; de su resolución depende la preservación del equilibrio de poder o su reconfiguración en el apartado geoestratégico.

- 3- Hay dos hojas de ruta trazadas por los editorialistas para resolver el conflicto en Crimea: buscar la distensión mediante la vía diplomática o represaliar al Kremlin para concretar la condena internacional. A medida que el conflicto se enquistaba, los planteamientos de la prensa se radicalizan y se opta por la segunda opción.
- 4- Existe una paradoja en la forma en la que la prensa occidental se refiere a la política exterior de Vladimir Putin. Se critica su belicosidad y su falta de respeto a los tratados internacionales al tiempo que se elogia su liderazgo y carácter resolutivo; se aprecia cierta **concordancia con los postulados de la *real politik***.
- 5- Los medios recelan de la tendencia al retraimiento de la política exterior de la administración Obama y reclaman que **EEUU recupere su protagonismo** en el plano internacional para garantizar la estabilidad del orden mundial.
- 6- Hay una **preocupación clara por la falta de consenso en el seno de la UE** y la ausencia de una perspectiva común europea. Se reclama un cambio en la naturaleza de la institución para homogeneizar prioridades.
- 7- El discurso de la prensa occidental **rehúye analizar en profundidad el conflicto identitario** en Crimea. No se niega la existencia de un problema, pero la atención se centra en denunciar la inconstitucionalidad de la anexión rusa.
- 8- No existe una opinión unánime sobre el fenómeno revolucionario del Euromaidan, pero sí una línea de pensamiento dominante que explota una dicotomía de triadas:

Bando revolucionario: Filoeuropeo | Prodemocrático | Zona occidental de Ucrania

Bando continuista: Filoruso | Pro-autarquía/autoritarismo | Zona oriental de Ucrania

6. BIBLIOGRAFÍA CITADA

Armañanzas, E., & Díaz Noci, J. (2002). *Periodismo y argumentación. Géneros de opinión*. Bilbao: Servicio Editorial Universidad del País Vasco (UPV/EHU).

Davydov, V. (2014). La política exterior desde Moscú. Estrategias globales en tiempos de turbulencia. *Nueva Sociedad* , 161-176.

Fairclough, N., & Wodak, R. (2000). El Análisis Crítico del Discurso. En T. van Dijk, *El discurso con interacción social* (págs. 367-404). Barcelona: Gedisa.

Granados, J. (2007). Ucrania, un Estado y dos Civilizaciones. *UNISCI Discussion Papers* (14), 149-160.

Kagarlitski, B. (2014). El modelo Putin: de la normalización política a la crisis de Ucrania. *Nueva Sociedad* (253), 72-88.

Lacoste, P. (2000). El concepto de zona de influencia y su aplicación en las relaciones entre Argentina y Chile. *Estudios internacionales* , 62-95.

Makarychev, A. (2011). Rusia en un mundo multipolar: El papel de las identidades y los "mapas cognitivos". *Revista CIDOB d'afers internacionals* , 25-43.

Marcu, S. (2007). La geopolítica fde la Rusia postsoviética: desintegración, renacimiento de una potencia y nuevas corrientes de pensamiento geopolítico. *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales* .

Martínez Albertos, J. L. (1983). *Curso general de redacción periodística*. Barcelona: Mitre.

Palacio de Oteyza, V. (2000). La imagen imperial del nuevo orden internacional: ¿es esto realismo político? *Revista Cidob d'afers internacional* , 7-28.

Portolés, J. (2001). *Marcadores del discurso*. Barcelona: Editorial Ariel.

Remiro, A. (2014). Acerca de Crimea. *Política exterior* (162).

Requena, P. (2 de agosto de 2014). *Crimea, la encrucijada de su historia*. Recuperado el 2 de abril de 2015, de Instituto Español de Estudios Estratégicos:

http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_opinion/2014/DIEEEE085bis-2014_Crimea_PilarRequena.pdf

Rupérez, J. (2013). La política exterior de los Estados Unidos bajo Barack Obama: análisis y prospección. In I. E. Estratégicos, *Panorama Estratégico 2013* (pp. 39-73).

Sánchez García, F. J. (2009). *Estudio pragmático del discurso periodístico español. A propósito de los debates sobre el estado de la nación.* . Granada: Universidad de Granada.

Santamaría, L. (1990). *El comentario periodístico. Los géneros persuasivos.* Madrid: Paraninfo.

Tovar Ruiz, J. (2013). Una estrategia coherente para una región en cambio? La política exterior de la administración Obama y la primavera árabe. *UNISCI Discussion Papers* (36), 29-50.

Tovar, J. (2014). La crisis de la política exterior de Obama. *Estudios de Política Exterior* .

van Dijk, T. (1997). Análisis crítico de las noticias. *Mugak* (2), 11-16.

van Dijk, T. A. (1999). El análisis crítico del discurso. *Anthropos* (186), 23-26.

van Dijk, T. (2003). La multidisciplinaridad del análisis crítico del discurso: un alegato en favor de la diversidad. En R. Wodak, & M. Meyer, *Métodos de análisis crítico del discurso* (págs. 143-177). Barcelona: Gedisa.

van Dijk, T. A. (1996). Opiniones e ideologías en la prensa. *Voces y culturas* (10), 9-50.

van Dijk, T. A. (2008). Semántica del discurso e ideología. *Discurso y sociedad* (2), 201-261.

Villarroya Ariño, A. (1997). Ideologías, discursos y dominación. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* (79), 197-220.

Wight, M. (1993). En G. Wight, & B. E. Porter, *International Theory: The Three Traditions* (págs. 1-48). New York: Holmes and Meier.